

# PRÓLOGO

## El clan del murciélago petrificado

De modo que las dos nos lo bebimos. Primero Ellie, que hizo un gesto indicando que sabía bien. Luego lo bebí yo. Y no estaba mal.

Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, todo era distinto. Podíamos ver el futuro. Podíamos ver el pasado. Podíamos verlo *todo*.

Podrías preguntar: «¿Por qué os bebisteis un murciélago?» O: «¿Cómo os bebisteis un murciélago?» O: «¿Quién haría algo semejante?»

Pero en ese momento nosotras no pensábamos en esas cosas. Es como ir a bordo de un tren veloz que choca contra algo y que alguien te pregunte por qué no saltaste antes del choque.

No habrías saltado porque *no podías* hacerlo. El tren iba a demasiada velocidad.

Además, no sabías que iba a chocar. ¿Cómo ibas a saberlo?



# LIBRO PRIMERO

## El origen de todo

El colegio es como todo lo demás. De pequeña vas porque te obligan a ir y tienes que obedecer. Luego sigues estudiando porque alguien te ha dicho que es importante. Es como si fueras un tren dentro de un túnel. La graduación es la luz que hay al final de ese túnel.



## Friquis *hippies* raritos

Ellie Heffner me dijo que el día que se graduara sería el día en que abandonaría a su familia y se fugaría para siempre. Venía diciéndome desde que teníamos quince años.

—Son unos friquis —dijo—. Unos friquis *hippies* raritos.

Yo no podía contradecirla. Era verdad que vivía con unos friquis *hippies* raritos.

—¿Volverás algún día para visitarme al menos? —pregunté.

Ella me miró, decepcionada.

—Pero ¿aún estarás aquí?

Me quedaba una semana. Tres días más de instituto: lunes, martes, miércoles, un oficio religioso opcional el viernes y luego esperar el fin de semana hasta graduarme el lunes. Cada semana seguía recibiendo por correo tarjetas postales y cartas de escuelas universitarias y universidades. Y seguía arrojándolas a la papelera sin abrirlas.

Era domingo por la noche y Ellie y yo estábamos sentadas en los escalones de mi porche delantero, frente a su casa, situada al otro lado de la calle.

—No lo sé —respondí—. No tengo ni idea de dónde estaré.

No podía decirle la verdad acerca de dónde pensaba que estaría. Estuve a punto de hacerlo en algunos momentos, momentos de debilidad en que era presa del temor. Estuve a punto de contárselo todo. Pero Ellie era... Ellie. Desde que éramos pequeñas, cambiaba las reglas del juego a mitad de la partida.

No le vas a contar tus secretos más importantes a una persona así, ¿verdad?

En cualquier caso, faltaba una semana para que me graduara. Tenía cero planes, cero opciones, cero amigos.

Pero eso tampoco se lo dije a Ellie porque ella creía que era mi mejor amiga.

Era complicado.

Siempre había sido complicado.

Siempre sería complicado.

# El origen del murciélago

El murciélago vivía en casa de Ellie. Lo vimos por primera vez un fin de semana de febrero. Ellie señaló el pequeño bulto de pelo que estaba metido en un rincón del porche trasero y dijo:

—Mira. Un murciélago que está hibernando.

Lo vimos de nuevo en marzo y no se había movido. Hablamos sobre el inminente despertar del murciélago y que no tardaría en posarse en la superficie del estanque de Ellie para atrapar insectos recién nacidos y tocar el agua con las puntas de sus pequeñas alas.

Pero llegó la primavera y el murciélago no se movió. No se posó sobre el agua. No parecía alimentarse de los succulentos insectos del estanque del barrio. Uno de sus codos —suponiendo que los murciélagos tuvieran codos— sobresalía un poco, como si estuviera roto o algo parecido. Ellie y yo comentamos que quizá tuviera una lesión o un defecto de nacimiento.

—Le pasa como a mí, que no puedo doblar este dedo del todo desde que me lo rompí —dijo Ellie, mostrándome el índice de su mano derecha.

La vida en la comuna de Ellie era diferente. Aprendían a utilizar un martillo antes de aprender a andar. No tenían nada de plástico. Se balanceaban en columpios de confección casera cuyo asiento consistía en una tabla de madera. Jugaban en el estanque helado sin que los vigilara ningún adulto y se ocupaban de los animales. Ellie estaba a cargo de las gallinas. Un día, cuando tenía siete años, se partió el

dedo mientras trataba de reparar el gozne de la puerta del gallinero con un martillo.

Yo estaba convencida de que el murciélago había dejado de hibernar y simplemente anidaba allí por las noches, en el mismo lugar, debajo del alero del porche trasero de Ellie. Si hubiéramos sido inteligentes, esa tarde nos habríamos quedado allí hasta el anochecer para observar al murciélago marcharse a fin de satisfacer nuestra curiosidad con respecto a él, pero no lo hicimos. Ellie tenía que realizar sus tareas en la comuna y también tenía un novio secreto. Yo tenía que hacer deberes y pocas ganas de estudiar. Preferíamos pensar que al murciélago no le pasaba nada.

Cuando nos encontramos el lunes de Pascua, a fines de abril, el murciélago seguía allí, con el codo apuntando hacia el este como llevaba haciendo desde el invierno. Ellie tomó una rama, lo tocó con ella y luego la olfateó.

—No huele mal —dijo—. Y no hay moscas ni nada por el estilo.

—¿Los murciélagos no tienen pulgas? —pregunté—. He oído decir que tienen pulgas y garrapatas y esas cosas.

—Yo creo que está muerto —contestó Ellie.

—No parece que esté muerto —comenté.

—Tampoco parece que esté vivo —insistió Ellie.

Lo tocó de nuevo con la rama y el murciélago no se movió. Entonces Ellie insertó la rama entre las tablas de revestimiento para desplazar al murciélago de un golpe y éste aterrizó en las azucenas estivales de su madre. A continuación, Ellie metió la mano entre las flores de color verde lima y sacó a aquella rareza de bicho: perfectamente intacto, con su pelo, con sus globos oculares, con sus alas casi transparentes plegadas como si estuviera descansando.

Nos inclinamos para contemplarlo.

—Está petrificado —dijo Ellie.

—Más bien momificado —añadí.

Ellie ignoró mi rectificación y tras dejar al murciélago en una mesa de pícnic entró en la casa en busca de un tarro. Yo saqué una foto del tarro. La titulé mentalmente *Tarro vacío*.

—No pesa nada —observó Ellie, tanteando el peso del murciéla-



go en la palma de la mano—. ¿Quieres tocarlo antes de que lo meta en el tarro?

Extendí las manos y ella depositó el murciélago en mi palma mientras ambas lo observábamos. Aunque estaba muerto, Ellie parecía verlo como una nueva mascota que se había encontrado y que necesitaba una madre. Cuando lo metí dentro del tarro, ella lo cerró con la tapa y dijo:

—¡Yo te bautizo el murciélago petrificado! ¡Oíd, oíd, el murciélago petrificado es rey!

—Quizá sea una reina —apunté yo.

—Da lo mismo —respondió Ellie. Lo miró a través del cristal—. Está vivo y muerto al mismo tiempo.

—Ya.

—Es lo más cerca que me he sentido de Dios —dijo Ellie.

—Amén —apostillé con tono sarcástico. Porque Ellie decía a veces esas cosas, lo cual me fastidiaba. Porque teníamos diecisiete años y era una tontería que nos hubiéramos encontrado un murciélago y nos comportáramos como si fuera algo especial. Eso lo hacen los críos de nueve años.

Pero de pronto me puse seria.

—Espera un momento. Deja que lo mire.

Ellie me entregó el tarro y miré el diminuto montón de pelo momificado.

—Quizá sea realmente Dios —comentó.

El murciélago estaba muerto pero de alguna forma representaba la vida porque parecía vivo. Ese pequeño bulto que pesaba menos que una pluma era al mismo tiempo misterioso y obvio.

—Lo pondremos en el cobertizo —propuso Ellie—. Mi madre no lo encontrará nunca allí porque es donde guardamos los productos de limpieza.

La madre de Ellie no era partidaria de la limpieza.

Mi madre había muerto y yo no sabía si había sido una obsesa de la limpieza o no.

# La balada de Darla O'Brien

La muerte de mi madre no fue oportuna, como sucede en tantas historias sobre niños, tanto si éstos guardan murciélagos muertos en tarros como si sienten atracción por bestias que habitan en castillos rodeados por un bosque. No murió para ayudarme a superar un obstáculo por mí misma o para convertirme en un personaje más atractivo.

Su presencia me perseguía, no en el típico sentido hollywoodiense. No había sábanas flotando ni cadenas arrastrándose por el suelo por las noches cuando me dirigía de puntillas al baño para hacer pis.

Mi madre, Darla O'Brien, era fotógrafa. Su espíritu rondaba por las paredes de nuestra casa, por las fotografías que colgaban en ellas. Siempre estaba allí y nunca estaba allí. Nunca alcanzábamos a verla, pero yo veía sus fotografías todos los días. Era una excelente fotógrafa, pero no se hizo famosa porque no vivíamos en Nueva York. Al menos, al parecer eso era lo que ella decía.

Morirse tampoco la hizo famosa.

En cualquier caso, tener una madre difunta no resulta oportuno, y menos cuando murió porque metió la cabeza en el horno y abrió la llave del gas.

Eso no es oportuno.

No obstante, yo diría que es bastante oportuno tener una máquina de la muerte en tu cocina esperando el momento en que reúnas el valor suficiente para hacerlo. Más oportuno que esos restaurantes de

comida rápida donde te sirven en el coche. Ni siquiera tienes que salir de casa para meter la cabeza en el horno.

Ni siquiera tienes que quitarte la bata y vestirte.

Ni siquiera tienes que llevar a tu hija a la guardería el día que toca aprender la letra «N» cuando ésta se dispone a mostrar su colección de bellotas. No tienes que acordarte de hacer otra cosa que inspirar y espirar.

Ésos son los aspectos oportunos.

Lo inoportuno es: vivir en un mundo donde nadie quiere hablar contigo sobre tu difunta madre porque a la gente le incomoda.

Lo inoportuno es: no tener una madre presente en la graduación de la escuela secundaria. No tener una madre cuando traté de afeitarme las axilas. No tener una madre cuando me vino la regla. Mi padre trató de ayudarme, pero por muy feminista que sea, no es una mujer.

Siempre supe que un día sería muy inoportuno no tener una madre presente en la graduación del instituto. Durante las últimas semanas del último curso todas las chicas de mi clase no hacían más que hablar sobre comprarse vestidos y zapatos, y yo sólo pensaba en lo insignificantes que me parecían esas cosas.

Me quedaba sentada en clase pensando: «Zapatos. Vestidos. Tonterías desechables.»

Me quedaba sentada en clase pensando: «¿Adónde voy?»

Aunque mis deberes como fotógrafa del anuario del instituto habían concluido porque el libro estaba terminado, seguía llevando mi cámara a todas partes. Tomaba instantáneas de las chicas charlando sobre sus vestidos y zapatos. Tomaba fotografías de mis profesores tratando de impartir clase en aulas casi vacías. Tomaba fotografías de las personas que se consideraban mis amigas, pero a las que yo no me había abierto nunca del todo.

No dejé que nadie firmara mi anuario. Pensé: ¿Para qué fingir?

# Todo sabía a radiaciones

Ellie había dejado de estudiar en la escuela pública conmigo desde que terminamos segundo de secundaria, y durante los cuatro años desde entonces me había dicho tropecientos veces: «La escolarización en casa es más rápida porque no tienes que repetirlo todo cada vez». Quizá fuera verdad. O quizá no. Yo pensaba que la escolarización en casa era otra forma de impedir que los niños de la comuna conocieran el mundo real.

A mí no me gustaba el mundo real, pero me alegraba de conocerlo.

A Darla O'Brien tampoco le gustaba el mundo real, así que había metido la cabeza en el horno.

A mi padre le encantaba el mundo real. Lo devoraba. Literalmente. Ahora pesaba ciento diez kilos. Lo cual no es un mal peso a menos que midas un metro sesenta y tres de estatura y de joven pesaras cincuenta y cinco kilos.

Mi padre no había reemplazado el horno. Ni siquiera por uno eléctrico. Nuestra cocina no había vuelto a tener un horno desde el día de la letra «N». Sólo un congelador lleno de comida que podías preparar en el microondas.

Todo sabía a radiaciones.

Ellie no venía a mi casa cuando cocinábamos porque creía que los hornos microondas producían cáncer. No comprendía por qué no teníamos una gigantesca cocina tradicional como tenían en la comuna, en la que podías preparar conservas y escaldar y hacer mermelada para el invierno.

—Eso no puede volver a ocurrir —me dijo Ellie una vez. Se refería a que Darla metiera la cabeza en el horno.

—No, supongo que no puede volver a ocurrir —respondí.

Pero podría volver a ocurrir, ¿no? Aún había dos personas en mi casa. Una de ellas era yo. Cada vez que pensaba en lo que había dicho Ellie, se me revolvía el estómago. A veces me provocaba diarrea. A veces vomitaba. No era tan fácil como «no puede volver a ocurrir». Cualquiera que supiera lo que había hecho Darla, sabía que podía volver a ocurrir, porque a menudo eso es hereditario. Pero Ellie decía cosas sin pensar. Lo cual también era hereditario.

La madre de Ellie, Jasmine Blue Heffner, opinaba que el horno microondas no era distinto de una bomba atómica porque había sido inventado por una empresa contratista del departamento de Defensa durante la Segunda Guerra Mundial.

Yo pensaba que cuando llegara el momento de que Ellie hiciera el examen de ingreso a una universidad o bien sería más inteligente que yo porque había *aprendido más rápido* estudiando en casa, o que Jasmine Blue le habría lavado tanto el cerebro que no aprobaría el examen porque estaba convencida de que un horno microondas era lo mismo que una bomba atómica.

Por más que Ellie defendiera ante mí la utilidad de la escolarización en casa, en el fondo sabía lo que se estaba perdiendo. Desde el día en que dejó de tomar el autobús escolar amarillo conmigo, empezó a quejarse de la comuna. Era como si el colegio fuera su única conexión con el mundo real, y al quebrarse esa conexión se sintiera como un ave enjaulada.

Me preguntaba qué se ponían las otras chicas para ir al colegio. Me preguntaba sobre maquillaje. Me preguntaba sobre chicos, programas de televisión, redes sociales, bailes, torneos deportivos.

Principalmente me preguntaba sobre sexo, aunque teníamos catorce años recién cumplidos.

—¿Habéis dado hoy clase de educación sanitaria? —me preguntó un día.

—Sí.

—¿Os han hecho ya la demostración del condón?

—Hoy nos han hablado sobre la metadona —respondí.

Le expliqué que en rigor la educación sexual no empezaba hasta primero de bachillerato, lo cual pareció decepcionarla.

—Me parece demasiado tarde para que nos informen sobre el sexo.

—Ya. Para entonces, ya lo sabremos todo —dije.

Sabíamos lo suficiente. Yo tenía Internet en casa. (Ellie no tenía Internet. Jasmine Blue opinaba que Internet era una bomba atómica llena de pornografía y mentiras. Por ese orden.) Nosotras lo habíamos buscado en Google cuando cursábamos penúltimo de primaria. Primero habíamos buscado «pene». Buscábamos imágenes. Ése fue el día en que encontramos el pene de mantequilla. Un pene esculpido en mantequilla, anatómicamente correcto. Bromeamos sobre ello. «¿De qué sirve si se derrite? Apuesto a que sabe mejor que uno de verdad.» Nos preguntamos por qué esculpiría alguien un pene de mantequilla. Pero luego encontramos pasteles en forma de pene, moldes de caramelos en forma de pene y piruletas en forma de pene, y llegamos a la conclusión de que los adultos eran unos guarros.

Eso fue lo único que descubrimos en penúltimo de primaria. Que los adultos eran unos guarros. No había vuelta de hoja.

Ese día hicimos una promesa. Prometimos que, en cuanto tuviéramos relaciones sexuales, nos lo contaríamos la una a la otra. Ambas dudábamos, en penúltimo de primaria, de que eso sucediera alguna vez, pero si sucedía, nos lo contaríamos y hablaríamos de ello.

En secundaria, antes de que empezara a cursar sus estudios en casa, Ellie se convirtió en una experta, como si se estuviera preparando para el acontecimiento más importante de su vida. Pedía a sus amigas que le compraran las últimas revistas femeninas y hablaba sobre orgasmos y bailes y *cómo complacer a tu hombre*. A veces me daba las revistas para que se las guardara. Yo tenía debajo de mi cama una caja que contenía sus artículos de contrabando. Principalmente revistas y sombras de ojos. Un condón que le había dado una vez un chico al que apenas conocía. La sección de fin de semana de un periódico con una página de bailarinas exóticas, con nombres como *Amor de Cuero*, *Nieve de Encaje*, *Ana la Tímida*, las cuales trabajaban en los bares locales donde realizaban el *lap dance*. A veces yo hojeara

también esas revistas. Ante Ellie fingía que no me interesaban. Pero no era verdad.

Ante los demás, fingía que no me interesaban las cosas que empezaban a interesar a las chicas en secundaria —la ropa y los zapatos que molaban, el rímel, los productos para el pelo, el sexo—, pero no era cierto. Me interesaba el *porqué*. ¿*Por qué?* ¿*Por qué nos interesan tanto estas cosas?*

No estaba segura de por qué me importaba el que no me interesaran. O por qué no me importaba el que no me interesaran.

Supuse que tenía algo que ver con el tema del que todo el mundo evitaba hablar, que era Darla. De haber vivido Darla, quizá me habría orientado. O algo.

La educación sexual que Jasmine Blue impartía en sus clases en casa se reducía a un simple mantra: *Si lo haces demasiado pronto, te arrepentirás*. Yo observé cómo cada vez que alguien mencionaba ese mantra Ellie se volvía más curiosa y más rebelde y más decidida a practicar sexo porque quería poner a prueba la teoría de Jasmine.

—¿Cómo crees que debe de ser? —me preguntaba, aunque sabía que no me gustaba hablar del tema. Supongo que pensaba que como ella tenía catorce años y le picaba la curiosidad, a mí me ocurría lo mismo.

—No lo sé —respondía yo—. Ni me importa.

—¿No te importa? ¿En serio? Anda ya. Claro que te importa.

No me importaba.

—¿Y ese chico del autobús que te gustaba? ¿No pensaste nunca en hacerlo con él? —preguntó.

—¿Markus Glenn?

—Sí.

—¿No te acuerdas? Era un pervertido.

Ellie se mordisqueó una uña que le molestaba.

—¿Qué hizo?

—Es el tipo del porno.

—Ahhh. Ya. Ése —dijo Ellie—. Entonces ¿quién te gusta ahora?

—Nadie.

Nunca le dije que después de que Markus Glenn me enseñara

esas fotos en su ordenador cuando íbamos a primero de secundaria, me pidió que le tocara donde sus calzoncillos estaban tiesos como una barra. Cuando me negué a tocarlo y le dije que me iba a casa, contestó:

—Nunca serás una verdadera mujer si te comportas de esa forma, para que te enteres. Además, ¡estás lisa como una tabla!

No dije a Ellie que a partir de ese momento no quise tener pechos porque los chicos como Markus Glenn los mirarían. No le dije que a partir de ese momento a veces no sabía qué aspecto debía tener una mujer.

—¿Sólo te ha gustado un chico en toda tu vida? No me lo creo.

—Ya te lo he dicho. No me importa —respondí.

Tomé mi cámara, la sostuve frente a mí a la distancia del brazo y me saqué una foto mostrando que no me importaba. La titulé: *A Glory no le importa.*



## El sistema de zonas

Durante esos últimos días, todo el mundo en el colegio posó para mí. Antes, pillaba a mis compañeros trabajando en sus mesas, o haciendo un trabajo de investigación en el laboratorio de ordenadores, o leyendo en la biblioteca. Nunca alzaban la vista. El lunes, tres días antes de que terminaran las clases, pusieron caras divertidas. El martes, se abrazaron mucho. El último día de clase para los alumnos de último curso, el miércoles antes de la graduación, todos miraron a mi cámara sonriendo o abrazando a algún compañero y comportándose como si no fueran a verse nunca, como si no fueran a celebrar nunca una reunión de la clase, como si todos fueran a morir el día de la graduación. El temor era visible en sus rostros, enmascarado por la alegría, pero estaba allí. Tomé una fotografía tras otra, aunque no pensaba compartirlas.

—¡A nosotras! ¡A nosotras! —dijeron unas chicas de la banda de jazz. *Clic.*

—¿Nos haces una foto? —me solicitaron unos chicos. *Clic.*

—¡Eh, Glory! ¡Sácanos una foto a nosotras! —me pidieron las animadoras del equipo de fútbol americano abrazadas unas a otras. *Clic.*

Cuando me dirigía a almorzar por última vez, vi a tres chicas que nunca me habían tenido simpatía debido a la pegatina de EL FEMINISMO ES LA IDEA RADICAL DE QUE LAS MUJERES SON PERSONAS que mi padre lleva en el parachoques del coche. Una de ellas había afirmado en último curso de secundaria que yo era lesbiana.

—¡El último día que almorzamos aquí! Anda, sácanos una foto comprando nuestro último y repugnante almuerzo en el instituto.

Hice lo que me pedían.

Pero no se percataron de que enfocaba los *nuggets* de pollo, las reвенidas patatas fritas y el engrudo de ensalada de macarrones en sus platos en lugar de sus estúpidos rostros.

Podría parecer que yo era popular en el instituto, y es cierto que con mi cámara lo era. Con ella me sentía segura. Me daba cierto prestigio ante las personas que querían que les sacara una foto. Me permitía colocarme detrás de la cámara en lugar de frente a ella. Incluso me salté la fotografía de grupo en la que debía figurar para el anuario. Tampoco me tomaron una foto individual. En lugar de ello, entregué una que me había hecho yo misma en la que aparecía con los ojos cerrados. Me costó no pocos esfuerzos lograr que la incluyeran en el anuario. Por suerte, la única influencia que tenía en el instituto era con la profesora encargada del anuario.

La foto tenía el mismo aspecto que yo, muerta.

La muerte me interesaba en la misma medida en que a Ellie le interesaba el sexo. Supongo que cuanto menos nos hablaban los adultos sobre ciertos temas, más detalles deseábamos conocer sobre ellos.

En cualquier caso, yo sabía que algún día esa foto se correspondería con la realidad, porque todo el mundo muere.

---

Mi madre me regaló mi primera cámara cuando cumplí cuatro años. No me dejaban utilizarla, pero era mía... para el futuro, lo cual, bien pensado, es una idea chocante cuando tu madre no llega viva a tu quinto cumpleaños. Qué le vamos a hacer. Era una Leica M5 muy sencilla con un estuche de cuero. No era una cámara digital. Darla O'Brien creía en la película. Creía en la emulsión y en el haluro de plata. Creía en un invento denominado sistema de zonas que había sido desarrollado por dos fotógrafos llamados Ansel Adams y Fred Archer hacia 1940.

El sistema de zonas dividía los tonos en una fotografía en blanco y negro en once zonas entre el negro máximo y el blanco máximo.

La dificultad consistía en obtener una imagen que representara las once zonas. El blanco máximo era diez. El negro máximo era cero. El blanco máximo era una imagen sobreexpuesta. El negro máximo era nada.

Mi código para la muerte era el *negro máximo*. Al murciélago petrificado lo llamé en secreto «Negro Máximo», porque me fastidiaba decir que algo era lo que no era. El murciélago no estaba petrificado. Sus células no podían ser sustituidas por minerales. Estaba muerto y punto. Zona cero. Negro máximo.

Mi gran pesar era no haber retratado al murciélago antes de que nos lo bebiéramos. Habría obtenido una imagen genial, con numerosas zonas representadas, sólidas, esculpidas en la emulsión. Me habría representado a mí. Glory O'Brien, ligera como una pluma. Glory O'Brien, metida en un tarro. Glory O'Brien, fingiendo ante todo el mundo que parecía viva cuando en realidad me estaba desintegrando. Glory O'Brien, con las alas plegadas, no volando.

Yo había tomado una foto del tarro, de la mesa de pícnic, de Ellie contemplando los ojos momificados del murciélago, pero ninguna del propio murciélago. Puede que eso significara algo. O puede que no. Elige tú.

Quizá yo evitaba la muerte al mismo tiempo que estaba obsesionada con ella.

Los humanos somos muy raros. Somos contradicciones andantes. Somos la zona diez y la zona cero al mismo tiempo. No estamos seguros de nada.

Al menos, yo no lo estaba. Pero eso era un secreto.

Me fascinaba el reto del sistema de zonas, pero nunca lo había intentado. Tenía prohibido entrar en el cuarto oscuro de Darla. Era un lugar sagrado que emanaba un olor acre, situado en el sótano, donde vivían sus secretos. Y cuanto más afloraban los míos, más deseaba penetrar en ese cuarto oscuro y comparar nuestras notas.

¿Experimentaba también mi madre ataques de pánico que hacían que se sintiera mareada? ¿Era eso un signo?

¿Y mi empeño en no tener amigos?

¿Y lo de no querer confiar en nadie, en general? ¿Era eso normal?

¿Y lo de sentirme perdida en el mundo? ¿Perdida en mi propio futuro?

¿Y mi curiosidad sobre el suicidio de mi madre? ¿Por qué lo había hecho? ¿Había sellado la puerta de la cocina con toallas mojadas para ahorrarme el trauma?

¿Había conseguido ahorrarme el trauma? ¿Sentía yo que me había *ahorrado* el trauma?